

Y salió de la estancia tropezando
 Aun con las sombras impalpables. Ella
 Callada, muda, con la vista fija
 En el suelo, inmóvil permanece
 Largo rato, entretanto que Reinaldo
 Ni sabe adónde va, ni dónde pisa,
 Ni adónde se dirige. Ya que lejos
 Estuvo el hijo, un grito doloroso
 Lanzó la madre y anegóse en llanto.
 Y á un tiempo mismo y en tropel sentía
 En su imaginación acalorada,
 Descender las memorias de su vida,
 Todas de pena, y llanto, y de infortunio.....
 Pobre mujer! Exhala esos gemidos
 Y derrama á torrentes ese llanto:
 El te consolará. Tú, mujer fuerte,
 Mártir de libertad, tienes una alma
 Grande como el dolor que te sublima;
 Sufre, sufre en la tierra, que el destino
 De las almas sublimes es la angustia,
 La humillación y á veces el desprecio!
 Tu gloria, que el imbécil no conoce,
 Sólo Dios es capaz de comprenderla.
 Lloro, llora sin tregua pobre madre,
 Tu dolor intensísimo, tan sólo
 Semejarse podrá á aquellos dolores
 Que sufrió la paloma del Calvario!
 Esta es la suerte del mortal humilde:
 Gemir y padecer mientras alienta,
 Mientras siente de vida los latidos.
 ¡Don grande que nos dió la Providencia
 Por el crimen atroz de haber nacido,
 Por habernos prestado la existencia!

CANTO DUODECIMO.



RA la media noche y tenebrosa
 Y húmeda y triste ni mirar dejaba
 En la inmensa extensión de las alturas,
 Ni una estrella siquiera, ni el crepúsculo
 Asomaba su opaca transparencia.
 Tal vez medrosas las estrellas nítidas
 Ocultaban su faz resplandeciente,
 Por no ver las escenas dolorosas
 Que en esa triste noche se anunciaban.
 Filópatro y Dalmiro, silenciosos,
 Llegaban al palacio meditando,
 Uno en sus pensamientos de tristeza
 Porque un presentimiento le revela
 Un desenlace, aunque glorioso, triste;
 Y el otro que soñaba en sus delirios
 Que la noche pasase deseando,
 Para llamar por siempre á su Lucila
 Su esposa, y su ilusión, y su ventura.

Al llegar al palacio los amigos
 Descubren desde luego que algo grande

Pasa allí entre las sombras pavorosas
 De la noche, que envuelta en sus crespones,
 Hasta los brillos de la gloria oculta.
 Doquier en los confusos corredores
 Grupos se ven de jefes y ayudantes,
 Que á la siniestra luz de los candiles
 Discurren en opuestas direcciones,
 Y discuten y forman conjeturas
 Sobre aquel movimiento extraordinario.
 De improviso aparece un ayudante
 Del General en Jefe, y en voz clara
 Dice á la multitud que allí circula:
 "El General en Jefe del ejército
 "Ordena que al momento á los salones
 "Pasen los ciudadanos Generales."
 Estos al punto acuden presurosos
 A sus segundos dándoles sus órdenes.

Luego que en el salón toman asiento
 Todos los Generales, el en Jefe
 Así les dice con robusto acento:
 Indomables guerreros del Oriente,
 De nuestra patria la honra, á vuestro esfuerzo,
 Está elevada á una altitud excelsa;
 Habéis cumplido como buenos hijos,
 Y aun podríamos seguir, de gloria llenos,
 Esta tremenda lucha, si un impulso
 Hicieran de su parte los guerreros
 Nuestros hermanos que la guerra observan,
 Fuera de las murallas de esta plaza,
 Si al enemigo vil hostilizaran.
 Sin embargo, valientes defensores
 De la invicta ciudad de Zaragoza,
 Yo de la patria en las augustas aras

Juré sacrificarme, mas yo debo
 Deciros la verdad. Las municiones
 En la plaza se agotan; los repuestos
 De víveres, se extinguen; las familias
 Inermes, de hambre y de miseria mueren.
 Hagamos un esfuerzo extraordinario,
 Salgamos de la plaza á sangre y fuego,
 Y ó vencemos el cerco, ó perezcamos
 Pero llenos de honor, de gloria llenos,
 Y al porvenir mostremos denodados
 Que supimos luchar hasta la muerte;
 Y á la futura gente dejaremos
 Un modelo inmortal del heroísmo
 De que es capaz el pueblo mexicano.....!
 El bárbaro enemigo ha comprendido
 Nuestra angustiosa situación, é infame,
 Ya que su fuerza y su valor mentidos
 No han podido vencernos por el fuego,
 Por la matanza ni el terror, por hambre
 Quiere domar nuestro valor sublime.
 Vosotros decidid, héroes ilustres;
 En vosotros estriba el desenlace;
 Os hablo la verdad, no como jefe,
 Como fiel compañero, como amigo.

Dijo, y al punto belicoso aplauso
 Inundó con sus ecos los salones;
 Luego llenos de férvido entusiasmo
 Uno á otro, tomando la palabra,
 Comenzaron con varias opiniones
 A discutir la situación terrible.

Allí Negrete el bravo, proponía
 Romper la línea y arrojarse osado

Sobre los compamentos enemigos;
 Ghilardi le secunda y Berriozábal,
 Y Pinzón, y la Llave y otros muchos.
 Después prorrumpe el Cuartel Maestro, y luego
 Se cambia la opinión y se discute.

Razones mil, dificultades varias
 Les propone, y á muchos convenciendo,
 Hace ceder á todos los que opinan
 Como él, y forman plena mayoría.
 Largas cuestiones se debaten, crece
 El entusiasmo de los jefes. Uno
 La rendición propone; otro se atreve
 Mejor á sucumbir á sangre y fuego;
 Este quiere mejor suicidio horrible;
 Aquél, pedir de vida garantías;
 Y así se agitan en discursos varios.
 Se intrincan las cuestiones, se acaloran
 Los Generales en opuestos bandos,
 Hasta que ya sintiéndose animados
 De desesperación y descontento,
 Cuando aun algunos á pensar llegaban
 Que la perfidia se versaba inicua,
 Otra vez razonando el Cuartel Maestro
 Así prorrumpe con sonoro estilo:
 "Señores Generales del Oriente:
 "Mientras un pueblo valeroso lucha
 "Por defender sus fueros ultrajados,
 "Con elementos físicos, adquiere
 "De valiente el renombre; y cuando faltan
 "Ya los medios posibles, es un bárbaro
 "Si aun obstinado la matanza quiere.
 "Del pueblo mexicano, las banderas
 "Limpias están, porque sus tres colores

"Han probado á los genios de la guerra
 "Que humanamente saben, á do alcanza
 "El valor del guerrero. No tenemos
 "Elementos de guerra, ya nos faltan
 "Proyectiles y víveres; mañana,
 "Cuando brille la luz, el enemigo
 "Aprestará compactas sus legiones,
 "Y después de dos horas de combates
 "Cederemos tal vez! nos resta sólo
 "Inclinar la cerviz como corderos
 "Ante el vil carnicero, ó como dignos
 "Hijos de Zaragoza el invencible,
 "Saber ser, sin vencer, los vencedores."

"Al General en Jefe del Oriente
 "Dejemos que resuelva, y acatemos
 "Todos sus mandamientos." Dijo: al punto
 Mudo silencio y prolongado sigue.
 Por fin Ortega interrumpiendo dijo:
 "Ya os dije, ilustres jefes, el designio
 "De mi abrazado corazón; sabéis
 "Mi pensamiento, mis acciones todas
 "Os harán conocer el cumplimiento
 "De mis promesas y mi afán patrio.
 "Quisiera sucumbir en los escombros
 "De la invicta ciudad, si resultaran
 "Ventajas al país, y á los valientes
 "Que han defendido con constancia heroica
 "La plaza y á las miserables familias
 "Que inermes, de hambre y de miseria lloran.
 "Pero no es el francés el que comprenda
 "La abnegación de sacrificio tanto.....!
 "Emprenderá su marcha á sangre y fuego,
 "Y hará que el mundo en su apariencia crea

"Que el valor y el desnudo de su fuerza
 "Fué lo que nos venció. Para probarle
 "Al universo, que vencer no supo
 "El guerrero inmortal de cien batallas,
 "A los Zaragozanos defensores;
 "Rompiendo nuestras armas, destruyamos
 "Los cañones, los muros, los repuestos,
 "Tornemos en cenizas las banderas
 "Heroicas, que al pendón de los franceses
 "Han humillado por doquier gloriosas,
 "Sin poder ser vencidas; disolvamos
 "Ese brillante ejército de Oriente,
 "Y dejemos, por único trofeo,
 "Ceniza por doquier que cuente al mundo,
 "Que aquí de Zaragoza los soldados,
 "Que al francés en cien lides humillaron,
 "Cedieron por el hambre y la miseria,
 "Mas no fueron vencidos por los galos.
 "Y cuando ya no existan los cañones,
 "Y cuando ya los muros derribados,
 "Y cuando ya incendiados los repuestos,
 "Sólo un montón de vencedoras ruinas
 "Presente la ciudad de Zaragoza,
 "Digámosle al francés: toma la plaza;
 "Ven á encontrar ruinas, los valientes
 "Han roto sus espadas, han quemado
 "Sus banderas, sus trenes, sus murallas;
 "A tí se entregan, pero no vencidos.
 "Atrévete, si puedes, á llamarte
 "Vencedor de los héroes mexicanos:
 "Nada nuestro valor del tuyo pide.....
 ".....
 "Y entonces, compañeros esforzados,
 "Al Universo con glorioso orgullo,

"Presentaremos el primer ejemplo
 "Que en sus anales guardará la historia.
 "Que se atreva después, loca su audacia,
 "A llamarse el francés el sin segundo,
 "Dominador ejército del mundo.
 "Que diga entonces que venció los pueblos
 "Todos del Universo, en sus pendones.
 "Y las naciones todas de la tierra
 "Con sarcasmo inmortal verán la gloria
 "Falsa del vencedor del Universo,
 "Y dirán cada vez que se recuerde
 "De México la gloria, que la enseña
 "Del pueblo mexicano no ha humillado
 "Sus timbres á los timbres de la Francia,
 "Y el esplendente ejército de Oriente
 "*Murió, pero invencible, y en la historia*
 "*Ni hombre ni Dios empañará su gloria."*
 Dijo: y en los salones resonaron
 Mil entusiastas y gloriosos gritos
 Que el bélico ardimiento renacían.
 Todos al punto con aplauso aceptan
 La opinión de su jefe, aunque entre medio
 De aquel ardor de belicoso impulso,
 En algunas mejillas asomaron
 Lágrimas de dolor, porque veían
 Que no el valor del zuavo, no la astucia,
 No la pericia de los jefes galos,
 No falta de valor del mexicano,
 No el arrojo terrible del guerrero,
 Pero también el inmortal modelo
 De un pueblo libre que morir sabía
 Por defender su independencia santa.
 Pero calla mi voz, que ya la historia
 Escribirá en sus páginas brillantes,

La gloria del guerrero sin mancilla
 Que supo defender de Zaragoza
 Los muros derruídos, y la infamia
 De aquellos que impasibles y serenos
 Miraban perecer á sus hermanos:
 En su indolencia criminal hundidos.

La sesión levantóse, y al momento
 Acordes todos á sus puestos vuelven,
 A esperar la hora en que las tristes órdenes
 Fuesen ejecutadas. Cuatro horas
 Faltaban de la noche misteriosa,
 Para que de la aurora los celajes
 Comenzaran á alzarse del Oriente,
 Y las brisas suaves comenzaran
 A despertar los pájaros dormidos,
 Y á despertar las nieblas que los montes
 Velan con sus encajes transparentes,
 Y á sacudir las gotas de rocío,
 Y á rizar el cristal de los arroyos,
 Y á disipar la bruma vaporosa
 Que cubre las alturas, envolviendo
 La cima de los gélidos volcanes.

Y en tanto que los jefes se dirigen
 Cada uno á su puesto, y mientras dicta
 El General las órdenes, Dalmiro
 Se lanza en pos de su querido hermano,
 De su amado Filópatro: lo encuentra
 Del jardín en los anchos corredores,
 Y á su cuello arrojándose, derrama
 Llanto abundante de sus negros ojos.

“Ya todo se acabó, trémulo dijo,

“¡Así se recompensan los afanes
 “De ese pueblo infeliz! ¡Los sacrificios
 “De esta Nación magnánima y valiente!
 “¡Así la sangre del valor se borra.....!
 “Fué cierta la visión de tus ensueños,
 “Mejor digo, tu ciencia previsor!”
 Filópatro en silencio sollozaba
 Estrechando en sus brazos á Dalmiro
 Que siguió lamentando la desgracia
 Que contemplaba, en su pesar diciendo:
 “Sacrifiquemos la última esperanza,
 “Que el mundo al fin conocerá algún día
 “Que supimos los fieles mexicanos
 “Luchar sin tregua, hasta triunfar muriendo.”

Filópatro le escucha conmovido,
 Y luego que conoce que transcurre
 Fugaz el tiempo, con valor le dijo:
 “Hermano, en tanto que el momento llega
 “Del fatal desenlace, presto acude
 “A la mansión de Amira y de Lucila,
 “Prepara todo, mientras yo cumpliendo
 “Con las órdenes, vuelvo y les anuncio
 “Allá en el hospital, que llegó la hora
 “En que entre el galo á Zaragoza heroica.”
 Se estrechan los amigos generosos,
 Y parten á cumplir sus voluntades.

Entretanto, la noche caminando,
 Va cediéndole el paso á la mañana,
 Y el movimiento en la ciudad se anuncia.
 De tiempo en tiempo escúchase en los fuertes
 Un estallido sordo, misterioso.....
 Vibra el viento, la tierra se estremece.....